

más era porque lo querian guardar como instrumento de castigo, de venganza en los insurrectos derrotados y presos. Y se ensañó, se ensañó terriblemente. Los consejos de guerra no se cansaban de pronunciar sentencias de muerte. Muchísimos infelices, quizá los más inocentes, fueron juzgados de prisa, puestos de prisa en capilla, sacados en aquellas hermosas tardes de Junio, á la hora de más concurrencia, ante la guarnicion de Madrid, reunida como en brillantísima parada, y bárbaramente fusilados sin piedad alguna. Sobre torrentes de odios se amontonaron torrentes de ódios, sobre mares de sangre se vertieron otros mares de sangre, sobre el error de una revolucion sin éxito se añadió el error de una venganza sin entrañas, cuando dentro de poco todos los combatientes, lo mismo los vencedores que los vencidos, iban á ser blanco de iguales ódios, víctimas de iguales persecuciones; y á encontrarse, náufragos sumergidos en la misma nave, errantes, maldecidos, calumniados en las áridas y solitarias playas del destierro.

Contáronse en este dia tremendos singulares actos de caridad con los vencidos. La salvacion del general Pierrard merece referirse por lo importante y por lo extraña. Desde antes del alba á caballo, presente en todas partes, ganoso de prestar servicio á la revolucion y de sostener la moral de sus gentes, iba de aquí para allí, al acaso, do quier creia oír un tiro ó ver un peligro. De pronto, en la plaza de Santo Domingo, resbala su caballo, se cae, y recibe el general un golpe tan fuerte en la cabeza que se queda sin conocimiento ni sentido, como si hubiera muerto. Las tropas reales se aproximaban ya, disparando tiros, y profiriendo maldiciones entre vivas continuos á la Reina, con esa rabia y esa desesperacion, que se apodera de todos contendientes en nuestras guerras civiles. Unos caritativos vecinos, quizá ajenos á uno y otro bando, comprendieron que rica presa iban á recoger los vencedores, que triste suerte se

reservaba á esta presa, y con la rapidez del pensamiento, y con la inspiracion de las grandes virtudes, se lanzaron sobre el cuerpo inerte del general, lo recogieron, y lo llevaron á humilde pero limpia cama en alto y modestísimo cuarto. Oíanse los tiros y las maldiciones en la calle, matábanse entre sí los batalladores sin misericordia mientras aquellas buenas gentes, héroes de la caridad, disputaban una vida á la muerte, una víctima á la batalla, una cabeza al verdugo. Su temor era que la tropa subiese porque de los próximos tejados se hacia sobre la tropa un nutrido fuego; y su cuidado primero fué desnudar al general y esconder todas las insignias de su mando. En segundo parecia que la tierra se hubiera tragado objetos tan vistosos y tan difíciles de ocultar como el uniforme, el espadín, el sombrero, la faja, las botas de montar, las espuelas de un general español. Mas diéronse tales trazas que no quedó ni rastro y disfrazaron de tan afortunada manera á su protegido que nadie hubiera llegado á conocerle. En España hay que salvar el primer momento, en que la muerte es segura. Despues los mayores enemigos, los más implacables se protegen y se salvan. ¡Cuántas veces he oido á íntimos amigos referir escenas de nuestras civiles discordias en que unos se encontraban de un lado y otros del opuesto! ¡Qué hubieras hecho de mí si tal dia me prendes.—Te hubiera fusilado.—Y á los dos dias.—Hubiera muerto por salvarte. Los momentos en que el general Pierrard iba á caer en manos de sus enemigos eran momentos terribles. Las descargas sonaban siniestramente con la resonancia de las tempestades; el humo oscurecia con espesísimas nubes los aires; la sangre manchaba con rojas manchas las calles; el ódio inspiraba toda suerte de sendos insultos y amenazas á cada bando, sentian unos y otros con exaltacion la herida de un partidario, la muerte de un amigo, el propio peligro; emulábanse entre sí al combate y á la matanza ciegos de cólera, sordos á toda voz que no

fuese la siniestra voz de la guerra, implacables como la muerte, sañudos como la venganza, y si en tal situacion del combate, y en tal estado de los ánimos, cogen al general Pierrard, de seguro lo inmolan, sin aguardan tardanza de un proceso, y el fallo de un tribunal ofreciendo este inmediato desagravio á sus compañeros de armas, y dando este nuevo alimento á la voracidad del combate. Ya subian por la escalera deseosos de un desahogo, subian guardias civiles en tropel, los más empuñados en la pelea, los más castigados por los revolucionarios, los más sedientos de venganza en aquella tristísima hora del estallido de todas las cóleras y del incendio de todas las pasiones. Los protectores de Pierrard lograron ocultarlo tras una puerta, tras la misma puerta que abrieran á los requerimientos de la Guardia civil. No podian detenerlo allí más tiempo y lo bajaron á la calle con grave riesgo. Al salir, en el dintel mismo, encontraron otro peloton de la Guardia civil un poco más tranquilo y ménos excitado que el primero. Conducíalo un sargento que miró de pies á cabeza al general, que debió conocerle segun la expresion de su fisonomía que lo dejó pasar, llamando hácia lo alto de la escalera la atencion de los suyos, medio muerto, del calor ardentísimo del dia y de la propia fatiga.

Un administrador del Duque de Alba fué el nuevo huésped del general, llevado á su casa por los primeros protectores; creyéndolo seguro á causa de ser persona de toda la confianza del Duque, y el Duque Senador de la mayoría que apoyaba con todas sus fuerzas al gobierno. Mas al administrador no se le ocurrió otra cosa, sino coger cuando ya hubo entrado la noche á su protegido, y llevarlo á hurtadillas lo más recatadamente posible, al palacio de Liria, residencia del Duque de Alba. Este con la gentileza española recibió al jefe de los sublevados como Silva á Hernani en el drama de Victor Hugo, y se propuso naturalmente, sin afectacion ninguna, pasar

por todo antes que consentir la entrega del fugitivo á quien la Providencia habia deparado en su casa asilo. Aun no acababa de entrar Pierrard en el palacio cuando recibe el Duque un recado de O'Donnell diciéndole que se presente en la presidencia del Consejo. Corrió el Duque á ver al Presidente; y le encontró muy afectado.—«No le extrañará á V. lo que voy á decirle, V. tiene á Pierrard en su casa.»—«Pues me extraña mucho, replicó el Duque con calma, porque yo no tengo á Pierrard en mi casa.»—«No me oculte V. un hecho que me consta como si lo hubiera visto.»—«Pues imagínese V. que lo tuviera, yo lo negaria siempre.»—«En todo caso defenderia á Pierrard constantemente contra V. prefiriendo que para buscarlo, demoliesen piedra á piedra todo mi palacio, á que tocaran á uno de los cabellos de su cabeza.»—«La accion ha sido horrible, y el escarmiento debe ser proporcionado á la accion. Se evitaria mucha sangre de los infelices cogiendo al jefe de los insurrectos.»—«Lo sé, pero si esos infelices hubieran venido á mi casa los amparara tambien. Yo le declaro á V. que no tengo al general Pierrard. Pero si lo tuviera, no lo entregaria, no. Me lo prohíbe un sentimiento de humanidad, me lo prohíben las tradiciones hospitalarias de mi familia, me lo prohíbe el ser amigo de V. y partidario de su política. Yo no quiero que se crea jamás de V. que ha sido capaz de pedirme la entrega de un desgraciado acogido á la sombra de mi escudo, ni mucho ménos que se crea de mí que he sido capaz de entregarlo.»—«Yo no puedo pedir á usted que me entregue al general, jamás pediria yo eso. Lo que sí le pido es que no se enoje conmigo si en cumplimiento de un deber penoso registro como si fuera la casa del último de los ciudadanos el palacio de los Duques de Alba para buscar en él á toda costa al jefe militar de la insurreccion.»—«Yo no puedo enojarme de que V. cumpla sus rigurosos deberes de gobierno, pero V. tampoco debe extrañarse de que en el caso de que tuviera en

mi poder al general Pierrard cumplierse con todos los deberes de la hospitalidad.»

Habían confinado al general en la Biblioteca, donde distraía sus ócios de recluso en hojear algunos libros, cuando aparece fuera de sí una criada del Duque, en tal extremo conmovida, que á duras penas podía pronunciar alguna que otra entrecortada palabra. En su color pálido, en sus ademanes desordenados, en su respiración fatigosa que parecía una continuación de sollozos, conoció el general todo lo grave del caso y todo lo inminente del peligro. La infeliz mujer sólo acertaba á pronunciar estas palabras: la policía, la policía. Era tanto su terror, que Pierrard se curaba más de calmarlo que de precipitar su propia salvación. Cedia casi la puerta de la Biblioteca al empuje de los agentes de la autoridad acompañados por gran golpe de Guardia civil, cuando la pobre mujer saca al general de allí, lo conduce por una escalera excusada á la bohardilla, lo sube por otra escalera de mano al desván, lo hace tenderse sobre esteras, las rueda y lo coloca, con las hercúleas fuerzas que presta siempre á la caridad ó la desesperación, en uno de los rincones de aquel empolvado y oscurísimo antro. Diez ó doce horas empleó la policía registrando el palacio. Lo recorrieron todo, lo visitaron todo desde las alcantarillas á los tejados. Entraron en el desván, y hasta pusieron sus manos en la estera. Pero no tropezaron con su cuerpo inmóvil como un objeto inanimado. Apenas habían los esbirros salido, sacan sus protectores al general del escondite, lo reinstalan en su Biblioteca, le apereiben algo que comer, pues en tantas horas no había tomado ningún alimento, y cuando iba á llevarse el primer pedazo de pan á la boca, aparece nuevamente la policía. Estaban de tal manera tomadas las vueltas de la casa, que ya no hubo tiempo de conducir al general á su desván, y lo ocultaron en el hueco que dejaba estrecha puerta abierta en humilde escalera de caracol que conducía

al pajar. Cualquiera hubiese dicho que los agentes del gobierno estaban resueltos á instalarse en el palacio como en su propia casa. No se movían. Pasaba una hora tras de otra hora, y no se iban. El general, en su escondite, se moría de hambre y de sed. La debilidad le quitaba ya la luz de los ojos. Comprendiéndolo así la buena mujer que lo custodiaba, entró en el hueco, capaz de contener á dos personas, con una taza de caldo y una botella de vino. Pero apenas había entrado cuando se oyen los pasos del tropel que se acercaban allí. La sobrecoge súbito terror, se desmaya y deja caer plato, taza y copa con grande estrépito. La policía sube la escalera de caracol, registra los pajares, separa la paja, husmea en ella como el perro en la caza, como el buzo en la mar, y no se le ocurre cerrar la frágil puerta, y reconocer el ocupado hueco, donde yacían un pobre moribundo y su infeliz protectora sin conocimiento, casi casi sin vida. Cuando cansada la policía dejara el palacio, bajó el de Alba á su huésped, lo encerró en un coche y lo mandó á la embajada de los Estados-Unidos, donde pudo llegar sano y salvo. El embajador de los Estados-Unidos se lo llevó á Francia, como un capellan protestante, adscrito á la legación. Por todos estos amargos trances tuvo que pasar el general Pierrard para conservar su vida y su libertad en el destierro.

El gobierno tuvo empeño en prender al jefe militar de la insurrección, pero no tuvo empeño alguno en prender á los jefes civiles. Vino del extranjero expresamente para este día Carlos Rubio. ¡Pobre y desgraciado Carlos! ¡Cuántos recuerdos despierta tu nombre en la memoria, y qué de sentimientos tu memoria en el corazón! Naciste con todas las prendas de alma y cuerpo que parecen destinadas á los seres predilectos de la naturaleza, de la sociedad, de la historia, y un hado funesto emponzoñó tus días, deshojó tu corona, rompió la lira en tus manos, te apagó la inspiración poética en la espaciosa frente, y te

condujo en pedazos, destrozado, deshecho, como un montón de despojos, al seno de la tumba. Pocas veces la poesía española, tan rica y abundosa, brotara de una mente con la claridad y la belleza con que brotaba de la mente de Carlos. Niño, ya veía el mundo interior, el pensamiento, y el mundo exterior, la naturaleza, bajo esas enramadas de flores, y entre esas nubes de mariposas que tienden sobre el universo la verdadera poesía. Cantaba con la espontaneidad del ruiseñor, y tenían sus cánticos algo del panteísmo de Calderón como henchidos de ideas y rebosantes de vida. La naturaleza le había hecho hermosísimo, y las viruelas le afearon para siempre el rostro, y le rompieron el cristal de uno de sus ojos. La naturaleza le había hecho fuerte, y la miseria casi de sus primeros años le dió una raquitis que corrigiera con grandes ejercicios, convirtiéndola en fuerza hercúlea al entrar en la edad madura. La naturaleza le había hecho poeta, y su corazón lacerado pasó como una esponja henchida de sangre sobre tanta inspiración, sobre tanta poesía, y borró lo que eran astros eternos como letras fosfóricas. Ninguno de sus amigos de la infancia habrá olvidado aquella conversación suya, sostenida casi siempre en voz baja y ronca, que centelleaba en ideas rutilantes, en paradojas atrevidas, en nubes de incienso, en acentos de órgano, en carcajadas sarcásticas, en salidas de tono, en conceptos profundísimos y dichos triviales en plegarias y juramentos como un poema de Byron. ¡Ah, hermano mío; muerto para todos, y vivo eternamente en mi corazón y en mi memoria! De aquellos que nos reuníamos á leer á Zorrilla, á comentar á Quintana, á escribir una palinogenesia de ideas en que debían nacer nuevos dioses que guiaran, al través de ignorados caminos de luz y de armonías, á la humanidad regenerada por la ciencia, fortalecida en el derecho, trasfigurada en las tempestades de las revoluciones, cuántos vemos muertos, caídos en el polvo desde estas áridas alturas

de la madurez de nuestra existencia, á que hemos llegado clavándonos todas las espinas del camino, azotados por la calumnia, desgarrados por el combate, cubiertos cuerpo y alma de heridas, envidiando verdaderamente á los que ya no son, y casi pidiendo á la naturaleza su reposo y á la historia su olvido. En los últimos días de su vida, Carlos había cambiado de aspecto. El descuido de sí propio se agravaba, mientras se recrudecía en él, tan modesto siempre, un excesivo amor de sí mismo, y una exaltación febril ajena completamente á su reconocida templanza. Luego siniestro fatalismo envenenaba toda su conciencia, y recóndita manía de lento suicidio minaba toda su vida. Pero siempre era aquel joven generoso, leal, heróico, lleno de fuerza que ponía á servicio de la libertad, y lleno de ideas que consagraba como ofrendas á la más pura poesía.

En aquel día, 22 de Junio, llegó del extranjero, aunque condenado á muerte, se fué á los consejos de los conspiradores, contribuyó al plan de la malograda acción, salió de su casa al amanecer, estuvo en los sitios de mayor peligro, luchó como un guerrero antiguo, y cubierto de sudor y de sangre, se retiró cuando ya no quedaban en las calles ni los últimos combatientes. Reunímonos algunos después de haber corrido mil peligros y haber pasado por varios asilos en la casa de nuestra ilustre amiga Doña Carolina Coronado al amparo del pabellón de los Estados-Unidos, cuyas estrellas queremos y veneramos tanto. El Gobierno, á lo ménos los amigos del Gobierno, tuvieron decidido empeño en salvarnos. Cristino Martos, Manuel Becerra, Vicente Rodríguez, Carlos Rubio, y el que escribe estas líneas, salimos juntos de Madrid, acompañados hasta la frontera por nuestro querido amigo Carlos Navarro, cuyo corazón es tan grande como su inteligencia, por el esclarecido poeta Adelardo Ayala, por el ingeniosísimo publicista Ortiz de Pinedo, que con un pase de la Junta de gobierno de los

ferro-carriles del Norte, presidida por el general Serrano, y otro pase del Ministerio de la Gobernacion, que á la sazón desempeñaba el Sr. Posada Herrera, pudimos llegar sanos y salvos á extranjero suelo. Lo mismo le sucedió poco más ó menos á Ruiz Zorrilla, Aguirre, Sagasta, y todos los demás comprometidos en aquella empresa. La pasión política, que todo lo explota, sacó mucho partido de aquella generosidad del Gobierno, y lo supuso casi en connivencia con los sublevados.

Lo cierto es que el general O'Donnell se encontró con una inmensa dictadura, pero concedida á la entidad gobierno, y por transmisible, según el arbitrio de la Reina, á cualquier otra persona. Los días del Ministerio O'Donnell estaban, pues, contados. Se le había elegido como una satisfacción dada á las aspiraciones de los partidos liberales, y los partidos liberales, se sublevaban. Se le había elegido como una grande autoridad en el ejército, y el ejército le desacataba. La reacción subía como marea creciente, avasalladora é imputaba á las concesiones los disturbios. Pero O'Donnell fiaba en la gratitud de la reina Isabel. No comprendía cómo habiéndola salvado del mayor peligro corrido por su trono, de una asechanza tramada por todos los más hábiles y los más populares entre los jefes del partido liberal, de una batalla en que estaban en su contra la artillería, ó la mayor parte de la artillería, y todo el pueblo liberal de Madrid, después de doce horas de fuego, y de increíbles peligros, habiendo visto morir sus propios ayudantes á su lado por correr de calle en calle, y de barricada en barricada, consiguiendo al cabo señaladísima victoria, la Reina pudiera desconocer todo esto, y entregar á otro la cosecha sembrada por sus manos. Sus amigos más íntimos, sus ministros más queridos, como el marqués de Vega Armijo, le decían que estaba perdido en Palacio, y no quería creerlo. Por fin llegó la hora de probarlo. El Ministerio había encon-

trado una fuerte oposición en el Senado y necesitaba reforzar su mayoría del Senado. La facultad de nombrar senadores se hallaba vinculada en el Monarca. O'Donnell llevaba su lista de senadores á la aprobación de S. M. diciéndole respetuosamente que aquella era cuestión de Gabinete, cuestión de vida ó muerte para su gobierno. La Reina rehusó secamente aprobar la lista. O'Donnell volvió al Consejo de Ministros, y dijo: «Señores, nos echan como lacayos. Jamás volveré á ser ministro de Doña Isabel II.» En sus facciones desencajadas se veían asomar ya los presagios de la enfermedad que le llevó á la muerte. Pero sobre él yacía tendido un cadáver más grande, el poder real de Doña Isabel II y su familia.

Hombre de hierro verdaderamente este general O'Donnell. Era como el hierro de fuerte y como el hierro de frío. Solamente se olvidaba de sí mismo en las discusiones parlamentarias. Entonces sus ojos se inyectaban en sangre; enrojeciase su cara; atropellábanse las palabras en los labios, la voz se le anudaba en la garganta y decía mil cosas inconvenientes. Bajo este aspecto le llevaba inmensas ventajas el general Prim, por su frialdad en las discusiones; por su dominio sobre sí propio; por la cortesía con que contestaba á sus adversarios; por la calma que á todas partes llevaba, conociendo en su larga experiencia que nadie pierde tanto en las tormentas parlamentarias como el jefe de un gobierno. Pero aparte de esto, el general O'Donnell pensaba sus proyectos con madurez, los ponía en obra con cautela, los sustentaba con perseverancia, los proseguía con tenacidad, y gustaba del mando y del gobierno con verdadero deleite. Creíasele un general distinguido por los servicios que prestó en la guerra civil, por la dignidad con que dejó el mando de Valencia á la caída de la Reina Gobernadora; y por el arrojo con que llegó á la ciudadela de Pamplona en una de las infinitas sublevaciones españolas. Pero nadie le

creía un hombre político importante, ni menos un jefe de partido que pudiera elevarse á la categoría de verdadero jefe de gobierno. Su mando en Cuba tampoco diera á su nombre ningún prestigio ni á su política ninguna autoridad. Se disputaba mucho sobre la pureza de este mando; pero se convenía por amigos y adversarios en que no fué brillante. Lo cierto es que su nombre se eclipsaba entre tantos generales como guardaban las páginas de nuestra Guía, y se asentaban en los bancos de nuestro Senado. Mas el rumor público empezaba por 1852 á distinguirlo, atribuyéndole implacable enemiga á las maniobras, á las manipulaciones, á los contratos, á los proyectos de Doña María Cristina universalmente odiada entonces en España. La parte que tomó en aquella votación del Senado, cuyo principal objeto fué infligir un estigma al influjo de Doña María Cristina, y una reprobación á la política de D. Luis Sartorius, le dió grande y merecida notoriedad. Entonces, aquella conspiración de largos meses, anunciada con trompetas y timbales; urdida con habilidad y perseverancia; continuada á pesar del poco éxito de sus primeras tentativas; evadiéndose á las pesquisas del Gobierno y amenazándolo visiblemente como en una pieza de magia; aquella conspiración le alcanzó indudablemente su célebre y no disputado renombre. De origen irlandés, como indica su apellido; miembro de uno de esos inquietos clanes que la Inglaterra protestante se vió obligada á perseguir hasta concluirlos ó expulsarlos, y que se refugiaban en los pueblos católicos; su temperamento del Norte, por lo singular entre nosotros, le daba con su frialdad y su perseverancia un grande ascendente sobre los entusiastas, y ardientes y artistas caracteres del Mediodía. No tenía partido propio, porque el moderado estaba presidido por Narvaez, y el progresista por Espartero, y se formó un partido; no tenía por la misma razón ideas propias, y se asimiló todas las ideas. El, con tal de gober-

nar, gobernaba lo mismo valiéndose de una Constitución progresista que de una Constitución moderada; batallando en unas Cortes ordinarias que en unas Cortes constituyentes; sirviendo á la reacción ó á las revoluciones; con censo alto y censo restringido, con prensa libre y prensa amordazada, con milicia nacional y sin milicia; entre los clubs revolucionarios y entre los cirios neo-católicos, tan dispuesto á entonar el himno de Riego como el miserere del arrepentimiento, á desconocer durante largos años el reino de Italia y á reconocerlo de pronto si le dejaban repartir entre los amigos, venidos de todos los puntos del horizonte, los favores del presupuesto y personificar él la autoridad en España. Sóbrio en sus gustos, severo en sus costumbres, tranquilo en su hogar; sin el amor al fausto de Narvaez, sin el amor al campo de Espartero; consagrado desde el amanecer, que se levantaba, hasta la hora de acostarse á las maniobras de una política práctica, que como no tenía ni un átomo de pensamiento no necesitaba ni un momento de estudio, aquel hombre aventajaba á todos los hombres públicos para ganarse el poder por las antecámaras y los cuarteles, ó para conservarlo, ora por medios pequeños, como las complacencias en las llagas de Sor Patrocinio, ora por medios grandes, como la feliz campaña de Africa y la infeliz reincorporación de Santo Domingo. Así ha gobernado más tiempo que ninguno de nuestros hombres públicos, y como el mayor de los males entre nosotros es la inestabilidad del poder, ha dejado más que ninguno de nuestros hombres públicos grato recuerdo de sí en el gobierno. Y sin embargo, miradas su administración y su política con imparcialidad y sin apasionamiento, tienen muchos lunares y han dado muy malos frutos. El tentó con su ejemplo á tantos y tantos generales á que dieran, según las corrientes de los aires, ó golpes de estado ó golpes revolucionarios; él puso precio á las inconsecuencias y premió